

(Traducción provisional)

No difundir antes del 22 de julio de 2003, 11:00 (hora local)

Alocución del presidente de la Federación Luterana Mundial

Obispo emérito Dr. Christian Krause

Estimadas damas y caballeros,
queridas hermanas, queridos hermanos,

Esta Asamblea es un encuentro que combina numerosas despedidas con nuevas partidas. Aquí en Winnipeg termina el mandato para las personas a quienes se les encomendó hace seis años en Hong Kong la conducción de la Federación Luterana Mundial (FLM) y el acompañamiento de sus numerosos programas y proyectos. Muchas de ellas seguirán acompañado la FLM, mientras que otras se quedarán atrás, cuando la caravana siga su camino. Entre estas últimas también figura el presidente de la FLM.

Hasta el fin de esta reunión seguramente se me brindará una oportunidad para despedirnos. Sin embargo, no quisiera comenzar mi última "President's Address" sin expresar lo que personalmente me conmueve profundamente en este momento de despedida y de partida: una profunda gratitud ante Dios por este don de la comunidad en Cristo que sobrepasa todas las fronteras y todas las separaciones; y mi sincera gratitud a tantas personas de esta comunidad que me han ofrecido a mí - y también a mi esposa cuando me ha acompañado en mis viajes - su confianza, su generosa hospitalidad y su fraternal compañerismo. Esto me dio fuerzas para perseverar, aún en condiciones difíciles y penosas. De allí surgió la energía para defender nuestra causa incluso ante gobiernos y los poderosos de nuestro mundo. En breve, aquí, al principio, quisiera darles ¡mil gracias, de todo corazón!

También aquí, al principio de mi alocución, quisiera expresar mis sinceros agradecimientos a todas aquellas personas que prepararon y posibilitaron esta Asamblea, a la iglesia anfitriona y su obispo Raymond Schultz, a los líderes de la iglesia, a sus congregaciones y a los numerosos grupos de la Iglesia Evangélica Luterana en Canadá que prepararon el evento; al personal en Ginebra y al secretario general Dr. Ishmael Noko; a nuestras iglesias miembro y a las numerosas personas individuales que ofrecieron su contribución al contenido de esta reunión que tanta importancia tiene para nosotros y, finalmente, también a la financiación de la misma.

Cuando después de los horrores de la Segunda Guerra Mundial se estableció a mediados del siglo veinte la FLM y poco después el Consejo Mundial de Iglesias (CMI), fue muy grande el anhelo de comenzar todo de nuevo bajo los auspicios de la paz y de la reconciliación. También los enemigos de antaño se aceptaron en esta nueva comunidad ecuménica cuando abrieron sus corazones, reconocieron su enorme culpa y pidieron que sus hermanas y hermanos les concedieran el perdón. Al confesar en Stuttgart su culpa, las iglesias evangélicas alemanas aceptaron al terminar la Segunda Guerra Mundial su corresponsabilidad en la dictadura, en la

guerra, en el holocausto: “Nos acusamos porque nos faltó el valor para protestar, por no haber defendido con más alegría nuestra fe, y porque nuestro amor careció de ardor”. Esto fue el comienzo de un nuevo auge ecuménico a mediados del siglo veinte.

En aquella época yo tenía cinco años y como tantos centenares de miles de otros niños alemanes, rusos, polacos, checos y judíos, fui testigo de las consecuencias del derrumbe en el seno de una familia desplazada. De Norteamérica nos llegaron los famosos paquetes de Care. La Federación Luterana Mundial que recién se estaba creando, consideró que una de sus tareas más importantes consistía en tratar de mitigar la miseria de los desplazados en Europa. En aquellos tiempos uno de cada siete miembros de la comunidad luterana era una persona desplazada.

Esto es parte indeleble de la historia de nuestros inicios y se ha convertido para muchos en el impulso y norte para el compromiso internacional de la iglesia para con los refugiados y pobres de nuestro mundo – en todas partes en nuestras iglesias miembro y más allá en las zonas de crisis, de hambre y de guerra. Me parece que en todas estas décadas el deseo de poder dar una contribución tangible para la *sanación del mundo* se encontraba desde siempre en el centro de nuestra preocupación ardiente y de nuestros anhelos. Y mucho se ha logrado: año tras año nuestras hermanas y hermanos por miles prestan sus servicios, poniendo a menudo su propia vida en peligro, para construir viviendas y pozos, para cuidar de los hambrientos y de los enfermos, como mediadores y en pro de la paz: brindan su ayuda donde se necesita tal ayuda, sin tener en cuenta la procedencia de las víctimas. Así la FLM ha llegado a ser uno de los principales organismos asociados al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).

Tantas historias podría contar sobre mis visitas a nuestras iglesias miembro: historias de sanación, historias de reconciliación, historias de personas que habiendo caído en abismos de desesperación fueron levantadas de nuevo gracias a la solidaridad de nuestras hermanas y hermanos. Hay tantos signos de esperanza entre nosotros, tantos pequeños y grandes milagros en la confianza de la misericordia de Dios. Agradezco de todo corazón poder relatar estas historias, poder testimoniar sobre la reconciliación que experimentamos en Jesucristo. Gustosamente expreso aquí mi respeto y mi agradecimiento a las 5,000 personas que trabajan en terreno en los programas sobre el terreno del Departamento de Servicio Mundial de la FLM.

Y a pesar de todo, hoy nuevamente nos encontramos desorientados, desamparados, despavoridos, sin poder creer lo que vemos: un mundo desquiciado. Después de liberarnos del conflicto este-oeste que todo lo dominaba, después de la revolución de 1989/90, no hemos logrado utilizar este nuevo espacio para asegurar que la justicia, la paz y la preservación de la creación se conviertan en máximas globales para la actuación de una comunidad global. No, todo lo contrario: Ya a comienzos del nuevo milenio vemos a una humanidad que tiembla ante sí misma, que desconfía de sí y que a toda hora está dispuesta a utilizar la fuerza contra sí misma.

“¿No son, tal vez, todas nuestras conferencias tan sólo el resultado de un profundo temor de que en realidad ya es demasiado tarde, de un desesperado esfuerzo por remediar lo que ya no tiene remedio? ¿No pasa cada uno de nosotros que toma en serio su participación en esta conferencia por horas negras en que nos sobrecoge implacablemente un sentimiento de que es demasiado tarde, de que le llegó el fin a la Iglesia de Jesucristo? ... amigos y amigas, les pregunto en todo

honor y conciencia ¿quién de ustedes no conoce ese temor de que todo lo que emprendemos aquí como labor eclesiástica podría resultar tardío, sin objeto y hasta una niñería?”

Estos cuestionamientos de incisiva autocrítica los enunció Dietrich Bonhoeffer el 29 de agosto de 1932 en Gland, a orillas del lago de Ginebra, cuando participó como secretario de la juventud en una reunión de la Alianza Mundial para la Promoción de la Amistad Internacional por medio de las Iglesias.

Pienso que deberíamos plantearnos las mismas preguntas y que no podemos ni debemos pasar al orden del día sin antes considerar de la misma manera autocrítica nuestra propia realidad. No podemos pasar por alto que, como parte de la cristiandad, estamos mundialmente enmarañados en profundas contradicciones: el poder militar y económico, la prosperidad y los derechos cívicos se acumulan como nunca antes en un tercio de la humanidad de cuño cristiano, mientras que el hambre, la pobreza, la enfermedad, el subdesarrollo, la dependencia política y el desplazamiento son principalmente características de las regiones del mundo dominadas por otras religiones y culturas o donde la inculturación cristiana llegó relativamente tarde o, a menudo, como secuela de una política imperialista de expansión. Como cristianos, aún con las mejores intenciones, no sólo no tenemos soluciones sino que somos, en primer lugar, parte del problema.

En 1932 Dietrich Bonhoeffer dio una respuesta que hoy me permito recordarles, porque nos lleva al centro de lo que significa ser iglesia, y nos muestra el punto donde comienza la conversión cuando dijo: “Ante esta realidad, ¿qué significado pueden tener todos los esfuerzos internacionales en pro de la reconciliación, todo intento de comprenderse mutuamente, toda esta así llamada amistad internacional, por más importante de que por sí sean? Nada, absolutamente nada son aquellas organizaciones que se desmoronan como un castillo de cartas en un torbellino ...

Cristo debe estar presente entre nosotros en la prédica y en los sacramentos, de la misma manera en que el crucificado hizo las paces con Dios y con la humanidad. Cristo crucificado es nuestra paz. Él solo exorciza los ídolos y los demonios. Tan sólo ante la cruz tiembla el mundo, no ante nosotros.

Coloquen ahora esta cruz en nuestro mundo totalmente desquiciado. Cristo no está lejos de este mundo ... su cruz está en medio de él. Y esta cruz anuncia sobre el mundo del odio la ira y el juicio y proclama la paz. Hoy ya no habrá más guerra – la cruz no lo desea así.”¹

¡Coloquen ahora esta cruz en nuestro mundo totalmente desquiciado! - Si lo hacemos de verdad, significa que también nosotros nos hallaremos debajo de la cruz, con nuestra propia vida desquiciada, con nuestra propia intransigencia, con todas nuestras pequeñas y mezquinas disputas que nos roban la fuerza para dar un testimonio y una acción común. La cruz es el lugar de la transformación, de donde pasamos de la muerte a la vida, de donde podemos ver a través de la muerte la vida. Este atisbo de la esperanza a la vida, esta “luz que se levanta en las alturas”

¹ Dietrich Bonhoeffer. *Ansprache in Gland, 29.8.1932*, in : *Gesammelte Schriften*. hrsg. von Eberhard Bethge, 1. Band, München 1958, S. 168

que transluce, nos abre los ojos sobre esta realidad que no se disimula: “El creyente no ve la realidad en una luminosidad especial, la ve tal cual es y cree contra todo y sobre todo, en Dios y en su poder.”²

¿Y qué tiene que ver esto con nuestra reunión? Aquí no nos hemos congregado como individuos interesados en ese u otro problema, ni como personas que defienden los intereses de sus iglesias o países, ni tampoco como reformadores del mundo o como organización funcional de la iglesia; no, aquí estamos como comunidad mundial de Jesucristo para escuchar su llamado. Nos congregamos para escuchar a Cristo y, confiando en que en las voces de nuestras hermanas y hermanos oímos la voz de Jesucristo mismo, no eludiremos esta voz, la tomaremos muy en serio, escucharemos y amaremos a las demás personas en su misma alteridad. Solus Christus, él solo, como últimamente lo hemos afirmado juntos con la Iglesia Católica Romana en la Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la Justificación, es la única fuente segura de la que brota nuestra salvación, que nos cura hasta en nuestras contradicciones.

Con estos pensamientos fundamentales quisiera rememorar algunas experiencias del tiempo que hemos pasado juntos en estos últimos seis años, pero limitaré mis comentarios a los acontecimientos de más impacto en nuestras reuniones anuales del Consejo.

Cuando en 1997 en Hong Kong – justo cuando la antigua colonia británica regresaba a la República Popular de China – iniciamos una nueva etapa de la Federación, lo efectuamos en la relativa certeza de que la revolución de 1989/90 que produjo el derrumbamiento del imperio soviético, transformó substancialmente el sistema de coordenadas en el mundo y que continuará transformándolo. En la aceleración de los procesos de intercambio económico y las crisis y crashes en el sudeste de Asia y Argentina que acompañaban los mismos, vimos nuevas amenazas a la estabilidad política. Nuestras iglesias miembro en el hemisferio sur alzaron voces muy críticas contra el neoliberalismo.

En ese trasfondo basé mi primera alocución como presidente ante la reunión del Consejo de 1998 en Ginebra bajo el tema: “La vida es algo más – Sobre la justicia de Dios entre la humanidad”. En ella traté de destacar las implicaciones sociales y políticas de la doctrina de la justificación, tal como me resultaron particularmente aparentes en mi primer viaje continental al visitar las iglesias luteranas en América Latina. No hay paz sin justicia, y no hay justicia mientras la vida humana se limite a la alimentación y ropa, al mercado, negocio, rendimiento y éxitos materiales. “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.” (Mt. 6,33)

Debemos seguir luchando decididamente para que este “valor adicional” de que nos habla el Evangelio pueda seguir influyendo en la configuración de la vida humana. En el curso de los últimos años hemos seguido esta línea teológica e inherentemente socio-ética, para comprobar también en este aspecto la relevancia de la Declaración Conjunta.

² Dietrich Bonhoeffer, *Ansprache in Gland*, 29.8.1932, in : *Gesammelte Schriften*. hrsg. von Eberhard Bethge, 1. Band, München 1958, S. 163

Después de casi 500 años de un amargo conflicto que dividió a Europa, con sus secuelas de guerras, persecuciones y éxodos forzados, personas luteranas y católicorromanas lograron declarar juntas que la doctrina de la justificación por gracia sólo mediante la fe, sigue siendo el mensaje central del cristianismo en el siglo 21. El que haya sido posible llegar a este acuerdo ya me parece un bienaventuranza y el logro teológico más importante en los años en que he podido presidir la Federación Luterana Mundial.

La doctrina de la justificación no versa sobre una disputa teológica docta y ajena a la realidad de nuestra vida, sino de la experiencia decisiva de nuestra fe. Todo lo que podamos hacer como personas cristianas o como iglesia, y dondequiera que lo hagamos en este nuestro mundo cada vez más pequeño – la salvación del mundo y la salvación de nuestra propia vida no se encuentra en nuestras manos. Tan sólo se realiza por la gracia de Dios. Sin la gracia de Dios no hay justicia, y esto vale para toda la humanidad, tanto para las saciadas poblaciones del norte como para las pobres del sur.

En la reunión del Consejo de la FLM celebrada en 1999 en Bratislava, discutimos el derecho a la identidad e integridad cultural. El punto de partida para esta cuestión sobre la cultura fue para mí lo que hemos visto después de 1989/90, que la Biblia también en las sociedades postcomunistas de Europa Central del Este, en las que con excepción de Polonia las personas cristianas fueron generalmente una minoría, es o sería de nuevo la clave para comprender su propia cultura o sistema de valores. Así, en muchas visitas a nuestras iglesias del centro y del oeste de Europa, pude comprobar la fuerte presencia de estos valores en los procesos de reconstrucción cultural, y que funcionan como pilares sobre los que se apoyan los puentes hacia una nueva Europa reunificada.

Para esta Europa que después de tantos años de profunda separación política e ideológica se unifica de nuevo y en medio de todos estos desafíos de nuestra época que deberá vencer, sigue siendo una pregunta clave cómo llegar a ser una comunidad con valores y acciones compartidas, que tenga sus raíces en la tradición cristiana y mantenga al mismo tiempo su apertura a otras culturas religiosas. Entre estas experiencias también figura la afirmación de un alto dignatario del gobierno húngaro en una discusión que tuvimos durante mi visita en Budapest: “Sin conocer la Biblia, no se puede ser europeo”.

El nuevo milenio lo hemos comenzado en enero de 2000 en Roma, con un culto ecuménico al que el Papa había invitado a líderes de las iglesias ortodoxas, del Consejo Mundial de Iglesias (CMI) y de numerosas familias confesionales del mundo, inclusive la luterana y anglicana. Un inicio ecuménico muy prometedor.

Unos meses después, en la reunión del Consejo de 2000 en Turku, analizamos la nueva calidad de las relaciones entre las comunidades luteranas y católicas que nos parecieron muy positivas. La publicación de “Dominus Iesus” no trajo cambio alguno. “Dominus Iesus” no se debe considerar como un escrito contra las iglesias luteranas, más bien se trata de un intento de definir dentro de la iglesia católica lo que se considera como la substancia imprescindible del concepto católicorromano de iglesia. En este punto, cuando se trata de la esencia misma de nuestra fe, todos somos más susceptibles.

Ahora, ¿dónde se encuentra nuestro punto para declarar: ¿de aquí no nos apartamos!? Para el luteranismo es el cuádruple “solus”: solo Cristo, solo las Sagradas Escrituras, solo la gracia, solo la fe. Tan sólo de esto no podemos prescindir, ya que constituye la base misma de nuestra iglesia. La concentración en este núcleo nos da la libertad de ver que la unidad aún sigue siendo posible allí donde otros, por sus tradiciones, se apartan. Por esto podemos discutir con todos. Por esto sabemos que se nos llama junto con todas las personas bautizadas en la universal “comunidad de las comunidades” a la mesa del Señor, para la cena que como anfitrión nos ofrece. ¡Él solo! También quisiéramos que nuestros hermanos y hermanas católicas puedan abrirse ecuménicamente a esta invitación, y reiteramos perseverantemente este nuestro deseo por el bien de la comunidad en Cristo.

Es muy importante que mantengamos esta apertura y este compromiso teológicamente fundamentados – tanto hacia adentro como hacia afuera. La ignorancia y relativización confesional conducen al “indistintismo”. El ecumenismo no es la noche en que todos los gatos son pardos. Por otra parte, la exclusividad confesional que en primer lugar trata de definir demarcaciones morales u otras contra los demás, conduce a un gueto anti-ecuménico. Más bien, la apertura y el compromiso son constituyentes iguales de la dimensión ecuménica de la confesión luterana e indican claramente el posicionamiento de la comunión luterana.

Las siguientes reuniones del Consejo (2001 y 2002) hubieran debido efectuarse cada vez en Jerusalén, pero tuvieron lugar en Ginebra, la ciudad de Calvino y en Wittenberg, la ciudad de Lutero, porque la interminable espiral de violencia no permitía la realización de un encuentro internacional en Tierra Santa. Pero hemos adoptado el tema de nuestra iglesia hermana palestina “La iglesia – llamada al servicio de la reconciliación” para tratarlo centralmente en nuestra reunión. En nuestro servicio en Tierra Santa hemos invertido mucho tiempo, muchas fuerzas y muchos recursos financieros. Por esto quisiera expresar mis agradecimientos a todas las personas que han postergado sus solicitudes de subvención en favor del Hospital Augusta Victoria, de las escuelas, las instituciones de formación y, sobre todo de las congregaciones en Palestina, para que puedan seguir brindando sus imprescindibles servicios. Volveré más tarde sobre este asunto, pero quisiera expresar ya ahora a la iglesia en aquella región y al liderazgo comprometido de nuestro hermano, el obispo Munib Younan, mi enorme aprecio y asegurarles que podrán seguir contando con nuestra solidaridad.

Estas pocas observaciones formuladas en correlación a las sesiones del Consejo realizadas durante nuestro mandato, deberán bastar como “spotlights” del período de mi mandato. Toda la gama de los programas y proyectos se describirán en más detalle en el informe del secretario general.

Con el fin de evaluar mejor nuestra posición de hoy y las perspectivas decisivas para mañana, quisiera ir más allá y cuestionar a escala global la situación y los procesos de desarrollo de la cristiandad.

Primero, al poner mi mirada en nuestra comunidad luterana, veo diferencias considerables y profundas. Cuando se fundó la FLM en 1947, contaba con 47 iglesias miembro de casi exclusivamente países del Atlántico norte. Hoy día, este número se ha prácticamente triplicado, con 136 iglesias miembro de 76 países, y podemos ver que esta notable extensión de

la red global se efectuó en primer lugar a iglesias y países en el hemisferio sur. Tal tendencia se intensifica de año en año. Detrás de estas prosaicas cifras se manifiesta el desplazamiento del centro de gravedad del norte hacia el sur, lo que más allá del mero volumen tiene importantes repercusiones teológicas y eclesiológicas.

Me permito tratar de explicar esto brevemente en dos niveles:

En la región del Atlántico norte se intensifica el interés por fortalecer las familias confesionales mundiales y el desarrollo de formas mutuas de cooperación y comunión. Exceptuando la Declaración Conjunta de la Iglesia Católica Romana Mundial y de la Federación Luterana Mundial, los acuerdos de este género son exclusivamente de origen septentrional y limitan su influencia a tal región: ya se trate de Leuenberg, Porvoo o Meissen para Europa, o de Canadá o los EEUU. Por cierto que es muy benéfico que las iglesias de la Reforma encuentren nuevas formas de comunión entre sí y con la iglesia anglicana. Pero todo esto tan sólo tiene una importancia marginal para la realidad de la vida de las iglesias en el sur. Parece más bien que se está trabajando de nuevo la historia de la teología y de las iglesias en Europa para desarrollar una mayor capacidad ecuménica en el norte del mundo. Lo mismo vale para los penosos esfuerzos por lograr formas de comunidad espiritual con las iglesias ortodoxas. Ya casi no se pueden apreciar las consecuencias que tendrán estos procesos ecuménicos entre las iglesias históricas y las familias confesionales del norte. ¿Llegaremos a un despertar misionero? Las formas masivas de secularización y los vacíos religiosos e ideológicos que quedaron después de 1989/90, exigen una reorganización de las iglesias en todos los niveles. Pero muchas de las antiguas iglesias están fatigadas y se limitan a girar en torno a una feligresía en proceso de reducción.

El desarrollo que han tomado nuestras iglesias miembro y las otras iglesias cristianas en el sur, es completamente diferente. En vez de membresías que disminuyen constantemente, como es el caso en muchos sectores del norte, se puede observar a menudo un considerable crecimiento. Los aumentos fulminantes conciernen en primer lugar a las comunidades y congregaciones carismáticas, espirituales. En vez de iglesias parroquiales con sus instituciones y estructuras organizacionales, aparecen formas muy diferentes de movimientos espirituales. Ya sea en las favelas de América Latina o en los townships de Sudáfrica, entre los dalit que llegan a los 200 millones, entre las personas sin derechos ni casta en India, entre los llamados “shepherds”, los pastores en las regiones rurales y urbanas empobrecidas de Madagascar – en todas partes del mundo aquellos seres humanos que por lo general se encuentran en la pobreza más absoluta, celebran su comunidad en Cristo y se dejan llevar por la fuerza del Espíritu de Dios a dimensiones de esperanza y salvación, en vez de dejar que la falta de esperanza y de salvación llene sus días.

Aquella religiosidad expresada en estas formas particulares, también ha llegado a las iglesias históricas en las regiones del sur, las luteranas incluidas. El inmenso crecimiento de la iglesia luterana en Madagascar no hubiera sido posible sin la en términos generales bien lograda integración de los “shepherds” del movimiento popular carismático.

La última visita que realicé en el extranjero antes de nuestra Asamblea, fue a la Iglesia Evangélica Etíope Mekane Yesus (EECMY). Desde los principios de la década de los setenta, he mantenido relaciones muy estrechas con esta iglesia. En aquella época contaba con unos

700,000 feligreses, un número semejante al de la Iglesia Evangélica Luterana de Brunswick, donde ocupé hasta hace poco el cargo de obispo. Mientras que hoy día la membresía de esta última menguó a unas 420,000 personas, la EECMY acaba de pasar los cuatro millones. Cuando, lleno de entusiasmo, mencioné esto y felicité al liderato de la iglesia por este fenomenal éxito misionero, también vi rostros bien preocupados. “We are growing beyond control” – estamos creciendo fuera de nuestro control. La administración tradicional de la iglesia no tiene cómo acompañar este crecimiento y los fondos no alcanzan de ninguna manera para establecer estructuras organizacionales que lleguen a todas las personas y para poder contar con colaboradores con una adecuada formación teológica.

Algo me parece evidente: el futuro de la cristiandad mundial y de su influencia en el destino de la humanidad dependerá esencialmente de si acaso y cómo se logran integrar las iglesias confesionales históricas a las multiformes congregaciones y movimientos carismáticos, o por lo menos juntarlos en un alianza ecuménica. Aquí el Consejo Mundial de Iglesias podría asumir un papel clave. ¿Sabemos ya, sobre todo, si acaso podríamos orar y trabajar juntos? ¿Podemos comprometernos juntos para causas comunes? Y ¿quién integrará a quién? Y, finalmente ¿qué significa la articulación carismática de éstos y el orden establecido de aquellos para la cohesión de una federación mundial confesional que se sabe rumbo a una *communio*, una vinculante comunidad global? El centro teológico de la proclamación del Evangelio ¿llegará aquí a secarse bajo la indiferencia y discrecionalidad individual o bajo discursos poco comprometidos sobre valores generales, y a ser arrasado allá por la glosolalia, los cultos de sanación y el éxtasis?

Estas preguntas no tienen respuesta aún. Su profunda seriedad consiste en que al mismo tiempo también contienen la interrogante de cómo podrá enfrentar la cristiandad mundial y con ella la comunidad luterana mundial los desafíos particulares del siglo 21. En lo que sigue trataré de abordar esto brevemente y espero poder dar algunos indicios para las discusiones de los próximos días sobre la futura configuración de la FLM y de sus programas.

A principios del siglo 21 el mundo ofrece un aspecto que ha cambiado dramáticamente. Durante casi medio siglo estaba dividido en dos grandes bloques de poder: el Oeste y el Este, la Otan y el Pacto de Varsovia, y ambos disponían de enormes arsenales de armas nucleares. Esta recíproca amenaza mortal aseguró por años una cierta paz que al mismo tiempo también estaba siempre en peligro, y debajo de su superficie se desarrollaron innumerables guerras llamadas “de substitución”.

Este conflicto este-oeste se sobreponía a un nuevo conflicto que crecía constantemente, a saber, el conflicto entre el norte y el sur, entre la parte rica y la parte pobre de nuestro planeta. Aquellos que conocían más que el norte (entre quienes siempre estaba la Federación Luterana Mundial), sabían que mientras que militarmente el conflicto norte-sur era menos peligroso (simplemente porque el sur nunca representaba una amenaza militar para el norte), dicho conflicto tenía a largo plazo una importancia política mayor para la supervivencia de la humanidad.

Y así sucedió. El conflicto este-oeste es cosa del pasado, la Unión Soviética ya no existe más, Europa logró superar su división, y los EEUU y Rusia ya no son enemigos sino asociados.

Pero el conflicto norte-sur perdura, más aún: se intensifica año tras año. La brecha entre países pobres y ricos se abre cada vez más. La población en las partes más pobres del mundo crece más rápido que la economía, mientras que menguan los recursos naturales. En muchos países reina una inestabilidad política que incluso puede conducir a la anarquía y a la guerra civil y a veces, como hoy día en el noroeste del Congo, hasta al genocidio.

Y a todos estos males se suma el SIDA, la plaga de nuestros tiempos modernos. Más de 40 millones de personas se encuentran actualmente infectadas por el VIH/SIDA y más de 20 millones murieron ya de esta enfermedad viral – la mayoría en los países pobres. En dichos países, según predicciones de las Naciones Unidas, la mitad de todas las personas que hoy tienen 15 años de edad sucumbirán a esa enfermedad, aun si se logra hacer bajar la tasa de infección; si esto no es posible, dos tercios de los adolescentes van a morir víctima del SIDA.

Estas cifras son inconcebibles, chocantes. Tan sólo podemos imaginar las tragedias humanas que se ocultan tras estas cifras. La enfermedad es asimismo un terrible desastre económico para los respectivos países, porque las consecuencias del SIDA destruyen a menudo los logros económicos que tan duramente se han conseguido.

Pobreza y SIDA: El primer gran desafío que la comunidad mundial tiene que enfrentar en el siglo XXI. La paz es el segundo reto. Cuando la Unión Soviética desapareció de la tierra y con ella el conflicto este-oeste, numerosos profetas políticos anunciaron que comenzó la era de la paz duradera. Pero se han equivocado.

No sé cuántas guerras se llevan a cabo actualmente en nuestro mundo, y cada una de ellas es una guerra que no debería existir. Una de ellas que está fresca en nuestra memoria, es una que acaba de terminar – la guerra en Irak. De esta guerra hemos aprendido tres cosas:

- La única potencia mundial restante, los EEUU, tiene actualmente una tal supremacía militar que militarmente no tiene que temer ningún adversario en el mundo. Y está dispuesta a usar la guerra como medio político siempre cuando esté en su interés.
- Las Naciones Unidas, en el Consejo de Seguridad, se han opuesto en su gran mayoría a esa guerra, pero no tuvieron la fuerza suficiente para impedirla. Asimismo las protestas de millones y millones de personas por todo el mundo no lograron nada.
- El derecho internacional no puede asegurar la paz cuando los EEUU no respetan ese derecho internacional y aplican en cambio la ley del más fuerte.

Pero la paz en este siglo XXI no sólo se ve amenazada por guerras entre las naciones; más bien creo que este peligro podría hasta disminuir. La paz mundial se ve ante una nueva amenaza, la violencia no nacional, privatizada, que aparece en dos formas diferentes: cuando se desmorona el orden estatal y, en la anarquía que surge, los señores de la guerra asumen el control (muchas veces utilizando a niños soldados en sus luchas, como por ejemplo hoy día en Liberia). La otra forma de la violencia privatizada es el terrorismo. Por lo general no surge por mero amor a la violencia. Más bien sirve como última arma para personas que se sienten humilladas y transforman su desesperada inferioridad en odio y destrucción.

Pero eso no les atrae más simpatías, porque sus víctimas provienen casi siempre de la inocente población civil, ya sea en Bali o en Jerusalén, en Nairobi o en Dar es Salaam, en Washington o en Nueva York. En este siglo veintiuno ya no es suficiente que los Estados se comprometan a zanjar sus litigios por medios pacíficos. Tienen que unirse a nivel mundial para luchar juntos contra el terrorismo y asegurar que sus ciudadanos puedan convivir en forma civilizada. Pero también está quedando claro que la lucha contra el terrorismo no se puede separar de la lucha por la justicia y la dignidad humana.

Esto conlleva un nuevo desafío de gran magnitud: y es la cuestión de cómo maneja la comunidad mundial las comunidades religiosas y sus extremos radicales. Esta cuestión, por desgracia, se vincula estrechamente con la lucha contra el terrorismo. No se puede negar que últimamente las formas más peligrosas del terrorismo internacional tienen fundamentalmente un trasfondo islámico. Los autores del atentado del 11 de septiembre fueron sin excepción musulmanes fanáticos. La organización Al Quaida de Osama Bin Laden proclamó en el nombre de "Alá" la "guerra santa", y en ella se originaron atentados terroristas en muchas partes del mundo.

Pero justamente por eso es esencial que no generalicemos identificando el terrorismo con el Islam u otras religiones. En el mundo hay 1,200 millones de musulmanes y tan sólo un pequeñísimo porcentaje de estas personas simpatiza con el terrorismo. El fundamentalismo también existe en otras religiones, en el cristianismo y en el judaísmo. Todas las tres religiones abrahámicas tienen por un lado el potencial de un fanatismo violento, mientras que por el otro lado de una orientación progresista, tolerante, políticamente hablando de constituirse en defensoras de un estado de derecho; de la separación entre el estado y la iglesia. La lucha contra el terrorismo debe involucrar en lo posible todos los estados en el mundo, incluso y especialmente aquellos con una población preponderantemente musulmana, y no convertirse nunca en una lucha de culturas o de religiones. El mandamiento del siglo veintiuno no exige una cruzada contra el Islam sino el establecimiento de la paz entre todas las religiones y de la lucha común de todas las religiones contra el terrorismo que menosprecia toda vida humana.

En estos magnos desafíos que presenta el siglo veintiuno ¿dónde reside el papel de las comunidades cristianas y, en particular, de las luteranas? ¿Se tiene, realmente, necesidad de nosotros? En los altercados que precedieron la guerra en Irak ¿tuvo la voz cristiana un papel importante? Seguro, el Papa Juan Pablo II se expresó con una energía inusitada. También la FLM por votación del Consejo y del Comité Ejecutivo tomó una posición muy clara. Asimismo quisiera expresar mi respeto y mis agradecimientos a las personas representantes de nuestra iglesia estadounidense que apoyaron incondicionalmente nuestras apelaciones. Pero al mismo tiempo tenemos que preguntarnos en un espíritu de autocrítica: ¿Qué es lo que hemos podido lograr en realidad?

O si tomamos el conflicto en Palestina en que el judaísmo y el Islam se enfrentan en una confrontación mortífera. ¿Hay en ese conflicto algunas expectativas hacia la comunidad cristiana? ¿Se la cree capaz de comprometerse en forma creíble en pro de la desescalación de la violencia y de la reiniciación de los procesos de paz, o se nos ve como confesiones rivalizantes en la iglesia sepulcral de Jerusalén: ruidosas, beligerantes, incapaces de paz entre sí y, por ende, incapaces de actuar como pacificadores entre judíos y palestinos?

Creo que como comunidad cristiana tenemos razón de considerar con modestia nuestro papel en los conflictos en nuestro mundo. Pero tampoco debemos exagerar nuestra modestia. En algunos aspectos las iglesias cristianas poseen una genuina competencia propia. En primer lugar, en cuanto al tema de la pobreza. Esta capacidad nos llega del centro de nuestra fe: el Evangelio es un Evangelio de los pobres y para los pobres. La justicia de Dios no capitula ante la injusticia del mundo.

No sólo teológicamente nos encontramos aquí sobre una base firme. En las cinco décadas en que hemos trabajado en la cooperación eclesial para el desarrollo, hemos adquirido bastante experiencia. Pero también hemos tenido que cambiar enérgicamente nuestra orientación. Hoy podemos discernir que detrás de todo este idealismo con que antaño comenzamos esta colaboración, se escondía del lado europeo una buena porción de falsa superioridad. Ciertamente ya entonces habíamos declarado que no queríamos imponer nada a las iglesias del sur, que tan sólo queríamos que nos dijeran lo que necesitaban. Pero tras ellos se ocultaba la actitud no reconocida de: ustedes nos indican el problema y nosotros les ofrecemos la solución. Hoy sabemos que a menudo no sólo no teníamos la solución sino que formábamos parte del problema que se debía solucionar. Porque nuestra riqueza es impensable sin la pobreza de los pobres.

También con el tema de la paz tenemos experiencia como comunidad cristiana. Estas décadas de comunidad ecuménica nos han enseñado a defender la paz en todo el mundo. Hemos proscrito la guerra como medio para arreglar conflictos entre estados. No creemos que se pueda mantener la seguridad con amenazas militares.

Pero también debemos admitir dos cosas. Primero, no estamos en acuerdo entre nosotros mismos. También el gobierno estadounidense contaba con el apoyo de millones de fieles cristianos en su guerra contra el Irak. Segundo, en nuestra teología de la paz sigue pendiente hasta el momento un gran problema: hoy, la lógica de la “guerra justa” prende tan poco como el pacifismo radical. Esto se pone especialmente de manifiesto en las formas de violencia no estatal privatizada que constituyen una amenaza para el mundo entero. Por parte de las iglesias no hay otra respuesta sino un “no” decidido ante el terrorismo con su terrible impacto en las víctimas civiles. Pero ¿estamos también por el otro lado dispuestos a obrar por el cambio de la situación, en los casos en que el terrorismo es la respuesta desesperada pero errónea a humillaciones y a la miseria?

Finalmente, el encuentro entre el cristianismo y el Islam. Esta cuestión me interesa muy en especial, porque es tan nueva para muchos de nosotros. El diálogo entre las comunidades cristianas y judías se ha mantenido intensamente en las últimas décadas y en muchos niveles – también en el marco de la FLM, un diálogo que ha sido provechoso para ambos interlocutores. Pero esta necesidad masiva e ineludible de un diálogo frecuentemente surgió en esa intensidad después del holocausto. ¿Será que se necesita una catástrofe similar para que musulmanes y cristianos empiecen a dialogar?

Por el momento nos conocemos muy poco. Para nuestra gran mayoría, el mundo del Islam con su fuerte religiosidad, su tradicionalismo y el papel asignado a la mujer que es inaceptable para

nosotros, es algo extraño y hasta misterioso. Desconocimiento y miedo infunden prejuicios, y los prejuicios entre religiones pueden ser muy peligrosos – la historia de la iglesia cuenta con muchísimos ejemplos.

Debemos empezar a conocernos mutuamente, fomentar la curiosidad, invitarnos recíprocamente. Pero es más fácil decirlo que hacerlo. Pero ¿cómo sería si líderes eclesiásticos cristianos buscaran el diálogo con destacados representantes del Islam? ¿si facultades teológicas iniciaran el diálogo con estudiosos islámicos (lo que presupone que se deberá comenzar a leer el Corán)? ¿y si, sobre todo, se crearan estructuras en que jóvenes de ambos sectores puedan encontrarse y aprender unos de otros?

Pero para esto debemos tener muy en cuenta que en todo el Islam y no sólo en sus extremos terroristas, se ha acumulado un enorme resentimiento y a veces hasta odio hacia el occidente y su modo de vivir. Para la gran mayoría de los musulmanes las personas cristianas son parte del occidente y por ende, parte del problema. Que el presidente norteamericano se basara expresamente sobre sus convicciones de fe para justificar la guerra contra el Irak es, en los ojos de la población musulmana, la mejor confirmación de sus reservas. Si tratamos de ignorar esto, no podremos entablar un diálogo fructuoso.

Entonces, ¡ninguna cruzada contra el Islam! En su lugar necesitamos un diálogo que aspire a la paz y trate de fortalecer aquellos elementos en el islamismo que tienden a vencer la violencia y que fomentan la tolerancia y los derechos humanos. Se trata de encontrar elementos comunes, tal como lo hicimos en el diálogo ecuménico intercristiano. En la comunicación entre iglesias cristianas hemos llegado, por fin y después de mucho esfuerzo, a la fórmula de la “diversidad reconciliada”. ¿No deberíamos tratar de alcanzar el mismo objetivo en las relaciones entre la cristiandad y el Islam: diversidad reconciliada?

En Beit Jala, en Tierra Santa, nuestra iglesia luterana local realiza el hermoso proyecto “la posada de Abraham” en el que participan numerosas iglesias y congregaciones de todo el mundo. Allí los descendientes de Abraham, o sea personas judías, musulmanes y cristianas, dialogan juntas en la búsqueda de la paz, la paz que anhelamos y a la que nos llama nuestro Dios único. Deberíamos construir muchas de estas “posadas de Abraham” en nuestro mundo. ¡Quisiera que la comunidad luterana y las iglesias luteranas inviertan toda su energía y pasión en esta trabajo de edificación de la paz!

¿A dónde conduce el camino para la FLM?

Un visionario texto bíblico brindó el tema, el lema que da su orientación a esta Asamblea. En el lenguaje simbólico del Apocalipsis se confrontan dos mujeres: la gran ramera Babilonia (Ap. 17,1) y la esposa del Cordero (Ap. 21,9). Por un lado, el mundo en peligro por el Imperio Romano que todo lo dominaba y arrollaba, una experiencia real y dolorosa para todos quienes se atravesaban en su camino. Por otro lado, la Jerusalén celestial que sólo el profeta podía percibir, la gran visión de un nuevo cielo y de una nueva tierra, de una nueva creación: agua de vida y árboles de vida con hojas que sirven para la sanidad de las naciones (Ap. 22,1-2), o sea “Para la sanación del mundo”.

Esta Jerusalén celestial no se edifica con manos humanas. Las fuerzas para sanar lo quebrantado, lo herido “salen del trono de Dios y del Cordero” (Ap. 22,1) y no de las armerías ni de los centros de poder de este mundo, ni de nuestros propios esfuerzos y conocimientos. *Sola gratia*, a esto debemos atenernos, tan sólo podemos esperar salvación de la plenitud de los dones de gracia de Dios; *sola fide*, tan sólo en eso debe reposar nuestra confianza.

Esta es la última, tal vez única esperanza de los pobres. Allí es donde se comprende el poder de la cruz. Allí es donde se celebra la proximidad de Dios, donde se promete la sanación, en medio de las favelas de nuestro mundo. Allí es donde se trascienden las fronteras, donde se construyen puentes sobre las amargas brechas entre norte y sur, entre pobres y ricos, y podemos osar hablar esperanzados de una *communio*, de una nueva comunidad en Cristo. ¿Podemos realmente hacerlo?

¿Sería posible, por lo menos dentro del espacio reducido de una comunidad confesional pero también mundial, que nos involucremos así mutuamente? El llamado a la *communio* que en los últimos años hemos discutido con creciente intensidad, es - ante la pobreza y el SIDA - no tan sólo un llamado a la ayuda humanitaria por más importante que sea - sino un llamado a integrar la comunidad de confianza y esperanza del seguimiento de Cristo. ¿Estamos dispuestos a ello - los ricos con los pobres?

Para el futuro trabajo de la FLM me parece más importante conectar y coordinar globalmente iniciativas e informaciones locales y regionales, en vez de distribuir a un elevado costo los menguantes recursos para proyectos individuales de las iglesias una vez analizados por el personal en Ginebra. ¡La *communio* no precisa de un centralismo administrativo! En vista de los nuevos desafíos se debería utilizar mejor lo especial de la estructura de la FLM: esto es, que las iglesias miembro regionales o nacionales que se involucran en una comunión vinculante, salgan de su provincialismo o individualismo para integrar una dimensión global de la oración y de la acción, una comunidad para compartir el Evangelio, la Buena Nueva del Salvador para los pobres.

El cristianismo en el sur y por ende sobre todo entre la gente pobre y discriminada y desposeída en tantas formas de sus derechos, crece en una amplia gama de piedad vivida y, con sus movimientos carismáticos, también aporta crecientemente cambios en las iglesias históricas y en sus familias confesionales mundiales. También aquí se requiere con alta prioridad un esfuerzo comprometido de las herramientas globales de la FLM para impedir que en vez de consolidar la comunión se produzcan nuevos desgarrones, rupturas o alienación. Hace años ya había propuesto que se realice una conferencia sobre el tema de los movimientos carismáticos, que luego efectivamente tuvo lugar en Arusha. Pero eso no fue suficiente, ya que prácticamente no produjo resultados tangibles. Aquí es esencial que se aplique la teología. ¿Es posible formular y vivir un proyecto común de iglesia, hasta de iglesia confesional? Así como prosperó el diálogo ecuménico entre las iglesias históricas en numerosas partes del mundo, se presenta hoy abiertamente el desafío de entablar el diálogo y llegar al testimonio común de fe entre dichas iglesias y los movimientos carismáticos. En este contexto, hay otra cuestión que tomo muy a pecho, que es el tercer grupo de iglesias y comunidades cristianas que también deberíamos incluir en nuestro camino común como discípulos de Cristo: se trata de las iglesias y grupos comunitarios de tendencia más bien evangélico-conservadora que se encuentran sobre todo en

América del Norte, y que actualmente ejercen una gran influencia en la política externa de los EEUU y así sobre la política mundial de hoy, una influencia – como traté de demostrarlo – que es sumamente problemática. Esto tenemos que discutirlo y no cejar en nuestros esfuerzos.

Quien quiera contribuir a superar el fundamentalismo religioso con todas sus amenazas que van hasta el terrorismo, y al mismo tiempo impedir la diversificación e incondicionalidad del sistema neoliberal, debe empezar en su propia casa del cristianismo mundial. Precisamos nuevos modelos ecuménicos para que podamos encontrarnos por encima de las fronteras, aunque sean internas, para que podamos resolver en forma constructiva las controversias pendientes y celebrar juntos el culto a Dios. Me imagino tales modelos más bien bajo forma de movimientos de fe que de institucionalismo eclesiástico, y deberemos ensayarlos con mucha fantasía y comprometidamente.

Quisiera ponerlo de nuevo de relieve para la FLM: esto también requiere de un trabajo teológico. Me acuerdo que cuando formaba parte del personal de la FLM, se decidió en 1970 suprimir “teológico” en favor de “Departamento de Estudios”. No sé si por mala conciencia o por incertidumbre general, se añadió luego de nuevo “Teológicos” a la nomenclatura del departamento respectivo. Para las relaciones ecuménicas existía y sigue existiendo una oficina especial en el secretariado de la FLM. El Instituto de Investigación Ecuménica de Estrasburgo se encuentra a menudo bastante alejado de todo ello, lo que no es un enfoque muy convincente y prometedor para la fuerza pujante que necesitaríamos para nuestra contribución a una tal teología y eclesiología ecuménica que tan urgentemente se necesita.

Sigue el arco hacia el diálogo interreligioso, aquí sobre todo entre los descendientes de Abraham, un diálogo que exige tanto un espíritu de apertura como el respeto de las otras personas, la curiosidad de aprender nuevas cosas y el deseo y la voluntad de encontrar y seguir caminos comunes hacia la paz. También esto exige un enorme esfuerzo comprometido de toda las instancias de coordinación y acompañamiento de la FLM dentro del ámbito ecuménico. De otra manera será difícil excluir que la lucha por petróleo y agua no sea pervertida y distorsionada en una guerra de fe.

La demanda de diálogo con las religiones universales y, en particular, con el Islam, incluye el requisito de poner en claro la posición propia y abordarla en forma bien definida. Quien no trata de manifestar su presencia, tampoco puede esperar que se le reconozca. También en este punto hubo en las últimas décadas muchas vacilaciones por parte de la FLM que en 1970 cambió con mucha emoción su “Departamento de Misión Mundial” en un “Departamento de Cooperación Eclesiástica” para luego llamar el todo en su habitual procedimiento de adición el “Departamento de Misión y Desarrollo”. Aunque pueden existir controversias en cuanto a su nomenclatura, el mandato se debe definir sin equívocos: la posición básica de la fe en Jesucristo el Salvador y el mensaje central de la Sagrada Escritura se deben incesantemente definir y actualizar de nuevo para que se escuchen y se concreten. Quien tan sólo puede ofrecer asuntos indistintivos o un repliegue en lo privado, no sirve ni para un diálogo que sobrepase la esfera individual, ni para el testimonio en la comunidad. “Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder” (Mt. 5,14). Una profesión clara y pública de la fe en Jesucristo sigue siendo, también en el siglo 21, la misión del cristianismo.

Enormes tareas se encuentran ante nosotros. Bajo las cifras de la pobreza y del SIDA se esconden en dimensiones desmesuradas situaciones de injusticia, hambre, enfermedad, desplazamiento, represión y humillación en todos los niveles de la existencia humana. Todo esto se tratará los próximos días en más detalle en las aldeas (grupos temáticos). Se tratará de señalar caminos hacia la justicia y la preservación de la dignidad de la creación divina, y para la futura labor de la FLM, así como la elaboración de modelos de unidad, de comprensión global y de reconciliación a través de las amargas brechas que amenazan la paz de nuestro mundo.

Sin perspectivas de esperanza o sin metas bien definidas, seguramente nos desplomaremos o por lo menos nos resignaremos con tal carga de tareas imprescindibles. Tan cierto como es que no podemos construir por nuestras propias fuerzas la Jerusalén celestial, también lo es que la confianza en la gracia y misericordia de Dios nos procura fuerzas como las hojas en los árboles de vida; para que podamos servir en la sanación del mundo.

Así aceptamos el llamado de colocar la cruz de Jesucristo en este mundo desquiciado: Dios junto a la humanidad, en pobreza y dolor y miedo ...Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: "He aquí, yo hago nuevas todas las cosas" (Ap. 21,4-5). Que esta dimensión de la fe que figura en el lema de nuestra Asamblea, determine con su esperanza nuestro trabajo aquí y en los próximos años.

A Uds. y todos nosotros deseo las bendiciones del Señor – para que podamos discutir comprometidamente, celebrar nuestra comunión en Cristo alegremente, decidir sabiamente y en todo ello permanecer sobre el sendero del seguimiento a Jesús. ¡Que Dios esté con nosotros!